



ACEPTATE

- 1.- Las personas que se aceptan a sí mismas son felices.
- 2.- A las personas que se aceptan a sí mismas les resulta fácil relacionarse con los demás.
- 3.- Las personas que se aceptan a sí mismas están abiertas a ser amadas y elogiadas.
- 4.- Las personas que se aceptan tienen poder de ser realmente ellas mismas.
- 5.- Las personas que se aceptan a sí mismas se aceptan tal como son en el momento presente.
- 6.- Las personas que se aceptan son capaces de reírse de sí mismas con frecuencia y sin dificultad.
- 7.- Las personas que se aceptan a sí mismas tienen la habilidad de reconocer y atender sus propias necesidades.
- 8.- Las personas que se aceptan a sí mismas son independientes.
- 9.- Las personas que se aceptan a sí mismas mantienen un buen contacto con la realidad.
- 10.- Las personas que se aceptan a sí mismas son asertivas.



Real Basílica - Parroquia Ntra. Sra. de Atocha



COMUNIDAD EN CAMINO

X DOMINGO TIEMPO ORDINARIO

10 de Junio de 2018

“El que haga la voluntad de Dios ese es mi hermano y mi hermana y mi madre”

PARROQUIA DE NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA
C/ Julián Gayarre 1
www.parroquiadeatocha.es



dominicos
provincia de hispania



COMENTARIO A LA PALABRA

El *texto evangélico* presenta enfrentadas reacciones ante Jesús. Los letrados, dicen que está endemoniado. La gente sencilla, por el contrario le sigue, le acorralan de modo “que no le dejaban comer”. Los letrados atribuyen la acción sorprendente de Jesús “expulsando demonios” al mismo demonio. Jesús les responde con argumento fácil de entender: cómo el demonio va actuar contra sí mismo; eso sería un suicidio. Pero es consciente de que los argumentos no servirán para que los letrados eviten desprestigiarlo. No ven porque no quieren ver. Es obstinación, y la obstinación no admite el perdón, porque no admite la posibilidad de equivocarse ni de enmendarse. Quien se enfrenta a la razón “blasfema contra el Espíritu Santo”.

El otro “enfrentamiento lo tiene con “su familia”: quieren llevárselo porque entienden que “está fuera de sí”. Es la familia menos cercana, porque la más cercana “su madre y sus hermanos” llegan más tarde, según apunta el texto. Cuando se lo hacen notar, Jesús aprovecha la circunstancia para señalar algo de gran relieve: “Su familia, sus hermanos, su madre son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen”.

No es una desconsideración de su madre, sino la proclamación de su grandeza. Si alguien sabe de cumplir la voluntad de Dios, era María. Ella había dicho al ángel cuando le anuncia su maternidad: “hágase en mí según tu Palabra”. María fue madre de Jesús ante todo porque “cumplió la voluntad de Dios”.

En el anverso a María está Eva, *primera lectura*. Se revolvió contra lo que Dios le había indicado, contra su voluntad. Será madre, pero sólo madre biológica de la humanidad. No espiritual, o sea generadora de gracia.

En la *segunda lectura* encontramos una afirmación que pertenece a la recta comprensión de la condición humana. El ser humano es ante todo su interior, sus afectos, sus intereses. Estos han de ir reforzándose cuando la dimensión exterior, la apariencia, “lo que se ve”, lo que hacemos va perdiendo energía. Conviene tenerlo en cuenta en una sociedad en la que se impone la imagen, lo periférico de lo que somos.

1ª lectura, Gen 3,9-15; 2ª II Cor 4,13-5,1; Evangelio, Mc 3,20-35



LA MUERTE, UN TEMA TABU

Cada época tiene una serie de temas, que podemos considerar “tabú”. En nuestros días la muerte entra en ese siempre número de temas “políticamente no correctos”, aunque termine por visitarnos a todos en nuestra familia, amigos, vecinos, compañeros de trabajo... Además, la muerte es el rasero que todo lo iguala. En la vida, las diferencias a veces son abismales, en inteligencia, en fuerza, en poder, en dinero, en salud, etc. Llegada la muerte y a todos nos iguala. Ante la muerte no caben los honores, los títulos, la fortuna. Ante la muerte todos somos iguales: desnudos y pobres. Ante la muerte, sólo vale el bien moral realizado. Nada más cuenta. Ante la muerte las diferencias se han terminado.

Enfrentados a la muerte, sólo el haber dado vale; el haber acaparado para nada sirve.

Enfrentados a la muerte, todos sentimos la misma soledad.

Enfrentados a la muerte, todos somos iguales, radicalmente iguales.

Enfrentados a la muerte, todos sentimos el mismo escalofrío de la total desnudez.

La lección de la muerte es la humildad. Ante ella sólo vale lo esencial, lo accidental, sobra; y lo malo, estorba. Ante la muerte no cabe más que una postura de total sinceridad.

Para nosotros los creyentes, la muerte significa el abrazo definitivo con Dios Padre, la posibilidad de contemplar su faz inmensa y misericordiosa.